



THE HAÇIENDA
CÓMO NO DIRIGIR UN CLUB

PETER HOOK

Traducción de Federico Corriente

CONTRA

The Hacienda: How Not to Run a Club

© 2009, 2010, Peter Hook

Todos los derechos reservados

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Traducción: Federico Corriente

Diseño y maquetación: Endoradisseny

Primera edición: Febrero de 2019

© 2019, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2019, Federico Corriente, de la traducción

ISBN: 978-84-949684-4-0

Depósito Legal: DL B 3803-2019

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Dedicado con amor a mi madre, Irene Hook.

Descansen en paz:

*Ian Curtis, Martin Hannett, Rob Gretton, Tony Wilson y Ruth Polsky,
sin los que The Hacienda nunca habría existido.*

ÍNDICE

Los culpables

P. 9

Preámbulo

P. 11

Prólogo

P. 15

1980

P. 27

1981

P. 41

1982

P. 53

1983

P. 81

1984

P. 111

1985

P. 129

1986

P. 149

1987

P. 169

Interludio: Una noche en Ibiza

P. 185

1988

P. 197

1989

P. 225

1990

P. 255

1991

P. 277

1992

P. 305

1993

P. 329

1994-1996

P. 359

1997

P. 385

Epílogo

P. 397

Posdata

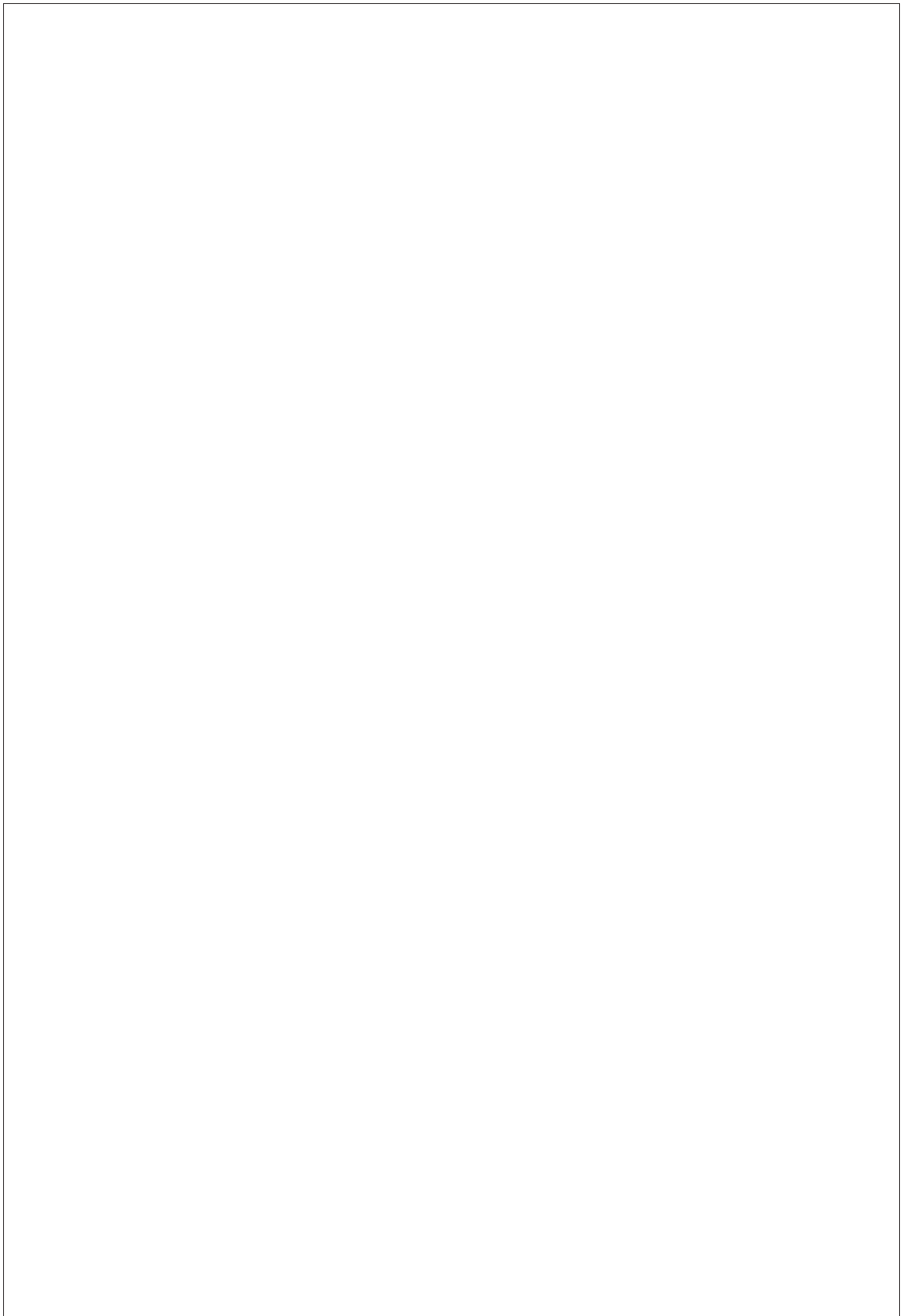
P. 409

Agradecimientos

P. 423

Bibliografía

P. 427



Los culpables

Lo miraras por donde lo miraras, aquello siempre iba a ser peliagudo.

De hecho, cuando en 2003 Claude Flowers me propuso escribir mis memorias relacionadas con The Hacienda, lo primero que se me vino a la cabeza fue esa famosa frase sobre los años sesenta. Ya sabéis: esa que dice que si te acuerdas es que en realidad no estuviste allí. Así me sentía yo con respecto a «The Haç».

Así que iba a necesitar un poco de ayuda, y darle forma a este libro ha supuesto un gran esfuerzo colectivo. Fue Claude quien puso a rodar la bola y me animó a recordar un montón de cosas que creía haber olvidado, mientras que Andrew Holmes se encargó de esos importantísimos «detallitos» que separan una fase de otra, así como de manejar todo el papeleo.

Asumo encantado la responsabilidad por cualquier cosa que os guste; en cuanto a cualquiera que os desagrade, echadles la culpa a ellos.

HOOKY



Preámbulo

Menuda cagada la nuestra.

¿O no? Sentado aquí y ahora, no las tengo todas conmigo. Estamos en 2009 y The Hacienda nunca ha sido tan conocido. Eso sí, sigue sin ser rentable; en eso no ha cambiado nada. Este año vamos a celebrar los veintidós años del acid house; vamos a celebrar noches de The Hacienda a lo largo y ancho del Reino Unido, y ahora hasta tenemos contratos de merchandising para CDs, camisetas, zapatos, postales, carteles, armazones de bicicleta hechos a medida y hasta un proyecto artístico con Ben Kelly, por el amor de Dios. ¿Hasta dónde vamos a llegar?

Por lo visto Rob Gretton, nuestro mánager, tenía razón sobre The Hacienda, al igual que la tuvo cuando nos dijo en el velatorio de Ian Curtis: «Dentro de diez años, Joy Division van a ser enormes». No nos consoló mucho en ese momento concreto, pero había dado en el clavo: al cabo de diez años, Joy Division se habían vuelto enormes, y siguieron siéndolo también al cabo de veinte y de treinta. Y lo siguen siendo en la actualidad. Lo que da fe de la calidad de la música.

En aquel entonces, cuando The Hacienda iba camino de la bancarrota —voluntariamente, todo sea dicho—, dijo que teníamos que comprarle todos los nombres al administrador.

—¿Para qué? —pregunté yo.

—Porque en el futuro tendrán valor.

—Ni de coña —pensé yo— ¿A quién le importa?

Ya estaba hartó.

A él le importaba. A nadie más le interesaba, así que le di el dinero

para que los comprase. Desde entonces todo ha sido un largo y duro proceso de atar cabos sueltos. Un sinfín de facturas y de honorarios legales. De peleas con los pirateadores. Pero finalmente llegamos a la meta. Ahora, esperemos poder disfrutar del fruto de nuestro esfuerzo...

Pero primero os tengo que contar la historia, ¿no? Os tengo que contar cómo The Haçienda transformó el panorama de los clubs en Inglaterra. Y también tengo que contaros en qué momento todo salió mal y cómo lo que tendría que haber sido un sueño acabó convirtiéndose en una fábula con moraleja.

¡Y menuda historia! Porque si bien hay muchas cosas en torno a The Haçienda que no deberían glorificarse —los gangsters, las drogas, la violencia, la poli—, también hay madera de leyenda: el hecho de que fuera una «macrodiscoteca» antes de que dicho término se hubiera inventado siquiera; de que fuera el lugar de nacimiento del acid house en el norte y la cuna del Madchester¹, dos movimientos musicales que dieron la vuelta al mundo; de que fuera el receptáculo de demasiadas noches y bolos increíbles como para recordarlos todos, aunque desde luego no estuviéramos en condiciones de hacerlo.

Cuando abrió The Haçienda, Factory y New Order no tenían experiencia alguna de gestión empresarial; simplemente invertimos nuestro dinero y confiamos en que la plantilla, compuesta por amigos nuestros en su mayoría, se encargaría de todo. Mala idea. Tus amigos no lo son porque se les den bien los negocios. Pero eso lo aprendimos por las malas. Nosotros lo aprendimos todo por las malas.

Al principio el grupo no tenía gran cosa que ver con el local; de hecho, durante los primeros años ni siquiera utilicé mi conexión con The Haçienda a nivel social, ya no digamos involucrarme en la parte empresarial del negocio. Nunca me sentí partícipe de aquello, a decir verdad. Yo entraba gratis y eso era todo poco más o menos (algunos miembros del grupo a veces ni siquiera eran capaces de lograr eso);

1. Movida del rock alternativo desarrollada en Manchester a finales de la década de 1980 y principios de la de los noventa. El nombre del movimiento procede del EP de los Happy Mondays «Madchester Rave On» (Factory, FAC 242). [N. del T.]

así que, aunque tenía el club aquel —aquel enorme club que me costaba una fortuna—, era reacio a ir, y desde luego no tenía la sensación de que fuera más mío que la que tendría cualquier cliente. Ninguno de nosotros tenía esa sensación. Pero conforme los problemas fueron amontonándose, nos tuvimos que involucrar cada vez más, hasta que en 1988 ya estaba ayudando a llevar el local. Para entonces el desaguisado ya era demasiado grande para que nadie pudiera arreglarlo.

Y yo ya estaba demasiado metido como para salir.

Como le gusta decirme a mi contable, nunca seré capaz de apreciar cuánto dinero perdió The Hacienda hasta que deje de ganar dinero.

—Entonces —dice él— te arrollará como una locomotora.

Una vez hicimos un cálculo según el cual, desde que abrió en 1982 hasta que cerró en 1997, cada cliente que entraba por la puerta nos había costado diez libras. Habíamos gastado *todo eso* a base de pésima gestión y estupidez pura y dura. Por lo que a nosotros respectaba, estábamos haciendo historia, no ganando dinero. Pero si alguna vez estoy pelado pienso patearme Manchester pidiéndole a todo el mundo que me devuelva mis diez ñapos.

Lo repartiré con los demás, palabra.

Más allá de eso, nunca sabré realmente cuánto dinero perdimos, ya que Factory, nuestro sello discográfico, que era el socio de New Order en el club, nunca jamás rindió cuentas al grupo. Nadie nos ha dicho jamás cuántos discos vendimos en Inglaterra o en el resto del mundo.

Así que Tony Wilson, el dueño de Factory, no decía: «New Order acaba de vender cien mil álbumes en China, aquí está vuestra parte». En lugar de eso, la cosa funcionaba así: Rob entraba a su despacho exigiéndole dinero contante y sonante a cuenta de nuestros *royalties*. Si Tony tenía dinero, se lo daba, si no, mandaba a Rob al carajo. Así era cómo lo llevaban. Con nuestro beneplácito, todo sea dicho. Era caótico, punk, anárquico, y nos encantaba.

Bueno, nos encantaba en aquel entonces. Ahora, por supuesto, parece una hermosa y tradicional cagada de toda la vida. Porque no solo nadie nos dijo jamás cuánto ganamos, sino que tampoco nadie nos dijo jamás cuánto habíamos invertido en el club, así que tampoco

THE HAÇIENDA

podemos saber con certeza qué proporción de nuestras ganancias fue utilizada para mantener a flote The Haçienda. Está claro que fue un desastre de grandes dimensiones, pero nunca seremos capaces de estimar del todo su verdadera magnitud.

Como solía decir mi madre, Irene, a la que Dios tenga en su gloria: «Si dices la verdad, nunca te meterás en líos, Peter». Veamos si tenía razón. Este libro es la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Tal y como yo la recuerdo.

HOOKY, 2009

Prólogo

Una noche en The Hacienda, 1991

Son las once de la mañana del sábado y tengo unas ganas de marcha locas. Esta noche va a ser importante para mí. Voy a hacer de portero en mi propio club nocturno, The Hacienda: el local más grande y más salvaje de Manchester, de Inglaterra, y quizás de todo el mundo. Donde sucede todo y donde acude a hacerlo todo aquel que es alguien.

¿Que por qué estoy trabajando de portero? Hemos tenido muchos problemas.

Siempre hay problemas, por supuesto, pero las quejas contra los porteros han tocado techo. La dirección dice que están aceptando sobornos y que son peores que los pandilleros. La policía dice que son peores que los pandilleros. Hasta los pandilleros dicen que son peores que ellos...

Mientras tanto, la clientela tampoco está contenta, y se ha producido un aumento de quejas por parte de las mujeres. La violencia contra los clientes masculinos no es precisamente una novedad, pero ahora dicen que las chicas también están empezando a recibir. Han abofeteado a un par de ellas, a una le dieron un puñetazo, a otra le pegaron una paliza y algunas mujeres han alegado que lo que empezó siendo un «registro de drogas» acabó con la zarpa de un portero metida en sus bragas.

Supongo que eso es lo que realmente me ha hecho entrar en acción y a eso se debe que sea diferente de todas las quejas previas contra los porteros: estas reclamaciones las han puesto chicas.

Cuando hablé de ello con nuestro portero jefe, Paul Carroll, este intentó quitarle hierro al asunto:

—Lo mismo te puede apuñalar o pegar un tiro un hombre que una mujer, Hooky. Y de todas formas, si tan listo eres, ¿por qué no vienes tú a trabajar en la puerta?

—Vale, vale —dije— Lo haré. El sábado. Cuenta con ello. ¡Tú tranquilo, Paul, que yo estaré al mando!

Ostia puta. Pero qué bocazas que soy.

Preparo a los chicos para llevarlos a casa de su madre. Una de las pocas cosas buenas que tiene ser padre soltero es que siempre tienes niñera para las noches en que tienes que salir. Aunque no deja de ser raro que yo salga un sábado. Yo soy más de salir los viernes: me gusta más la música. En The Haçienda los sábados me resultan demasiado barrocos, tanto en lo que se refiere a vestimenta como musicalmente. Pero esta noche haré una excepción.

Llamo a mi colega Twinny y quedo con él en The Swan de Salford a eso de la una de la tarde.

—Tú aprovisionate bien —me dice—, que yo traeré pirulas.

Haciendo gala de mi gran sentido de la responsabilidad, llamo a mi amiga de Chorlton y encargo unos cuantos pollos colombianos de lo mejorcito para después.

Véamos, ¿qué se pone uno para hacer de portero? Mmm.

¿Negro?

Demasiado formal.

¿Algo informal?

Eso no impone.

Ya lo tengo, el look de lino: traje de Armani, camisa blanca, mocasines marrones, mi modelito del verano de 1991. Decidido.

Dios, qué emocionado estoy. Asustado, más que nada. Es increíble lo peligroso que te cagas que puede llegar a ser hacer de portero. Hordas de pavos de Leeds de despedida de soltero, gangsters que exigen respeto y que se niegan a pagar, y ajustes de cuentas tanto al entrar como al salir: todo ocurre en la puerta.

Me preparo, me ducho y me visto. Mi colega Rex me trae un vaso de leche. Es un viejo fan de Joy Division desde que tenía catorce años.

Era él quien probaba nuestros estuches de vuelo, y con eso quiero decir que lo encerrábamos en uno de ellos y lo tirábamos por cinco tramos de escaleras. Está sin casa desde hace un tiempo, así que ahora vive conmigo y además está currando de ingeniero en mi estudio.

«Mejor que tengas algo en el estómago para más tarde», dice él con su fuerte acento de Blackburn/Chorley.

Es un buen tío.

Listo al fin. Llamo al taxi, me meto una raya rapidita de speed por la cara y allá que voy. Tío, estos taxis de Withington apestan; ya ando preocupado por mi traje. Hago una parada en casa de mi amiga Wendy para hacer la colecta. Que Dios la bendiga, me alegro de verla, es una mujer encantadora. Charlamos un rato, me ofrece una muestra y vuelvo a salir disparado.

Salford, allá voy. Hogar dulce hogar. The Swan es un viejo local en Eccles New Road, en frente de la estación de autobuses de Weaste, una zona que llevo toda la vida pateándome. Nací en Ordsall y me crié allí; cuando montamos el grupo en 1976 solíamos practicar en la planta de arriba de The Swan: nos costaba cincuenta peniques a cada uno siempre y cuando comprásemos un pastel y una pinta. Eso fue justo antes de que encontráramos a nuestro batería, Steve. Entonces Ian volvió a Macclesfield y practicábamos mayormente allí.

La habitación de arriba de The Swan sigue donde estaba; está exactamente igual. Han quitado los cuadros de la pared, pero el humo de los pitillos los ha enmarcado perfectamente para siempre. Resulta muy raro de ver. Sigo yendo de vez en cuando, si me siento melancólico por cómo acabó Joy Division o estoy cabreado con New Order. A veces me hace saltar las lágrimas.

Pero hoy no, hoy estoy que zumbo.

Entro en el pub. Twinnny ya está ahí, y está con Cormac, Beckett y Jim Beswick, que pide la primera ronda. Una bonita tradición: uno nunca paga por su primera consumición. Bueno, qué menos, porque seré yo el que pagará todas las demás en el club luego.

Este lugar tiene un algo electrizante. No es más que un pub de clase obrera normalito y de andar por casa, pero hoy parece desbordar demasiada vitalidad. ¿Qué sucede? Miro a mi alrededor para ver qué

pasa. Hay un pequeño gentío en el reservado, algo poco común a la una de la tarde.

«Ah —dice Twinnny entre risas— son los de Salford...»

Parece ser que algunos de los pandilleros más jóvenes habían reconocido a dos «camellos» como secretas —un hombre y una mujer que se hacían pasar por una pareja— y que habían acordado quedar aquí, lejos de miradas indiscretas, para hacer un «trapicheo» sin llamar la atención. Entonces apareció un grupo de pandilleros armados que acorraló a los polis.

Me acerco y echo un vistazo. Acorralados como ratones atormentados por un gato, los pobres cabrones están atrapados en un rincón y les están obligando a fumarse un porro mientras alguien les prepara una raya de anfetás, insistiendo en que se metan una cada uno. Joder, menuda broma. Parece que los recordaban del juzgado, y ahí los tienes: entretenimiento ligero para empezar la tarde. Hostia puta. Media hora después mandan a paseo a los polis, fumados, colocados de anfetás y con una patada en el culo. Hasta luego.

Nosotros nos acomodamos y damos comienzo a una tarde de las de empinar el codo en serio. Dos pintas después ya me siento más valiente de cara a lo que luego vendrá.

«Hay problemas en The Haçienda —les digo a los chicos—. Voy a llegar al fondo del asunto y arreglarlo.»

Ellos se ríen. La tarde pasa entre una neblina de humo de hierba, birra y gambas del mercado. «Rhythm Is a Dancer» suena en bucle. Beckett casi vende un coche que tiene fuera, pero acaba peleándose con un cliente potencial que está sobrerrevolucionando el motor. Hasta se mete en el coche del tío y también lo joroba. Un cachondeo. Conforme se va desvaneciendo la luz del día me ofrecen de todo, desde bicis de carreras hasta CDs, lavadoras, pitillos, dulces y vacaciones en Turquía... Joder, no tiene fin. Y sin comerlo ni beberlo se hacen las nueve de la noche. Hora de ir a trabajar. Los chicos se van a casa a cambiarse mientras yo me dirijo a The Haç.

A esta hora Manchester está en pleno ajetreo. Hay mogollón de gente por todas partes. Dios, cómo me gusta esta ciudad. Estoy muy orgulloso de formar parte de su patrimonio. Mientras bordeo Deans-

gate y subo por Whitworth Street oigo el bombo de nuestro sistema de sonido, ese que ayudé a construir. Me encanta la manera en que hace temblar las ventanas de The Hacienda. ¿A quién se le ocurriría poner ventanas en un club nocturno? A nosotros. Sí, doce putas ventanas, todas ellas vibrando como un mulá maniaco llamándonos a la oración.

Salgo del coche. ¿Cómo, no hay alfombra roja?

«¿Dónde has estado, hijo de puta?», pregunta Paul Carroll.

Encantador. Entro, me dirijo a la barra y me pongo en la esquina. Llego a un acuerdo con Anton, el camarero jefe, según el cual él me traerá un triple de vodka con naranja cada veinte minutos. Un «especial». Me echo el primero al coleteo y me voy para la puerta. Muy bien, vamos allá.

Me fijo en los porteros habituales: Damien Noonan, Pete Hay, Stav y varios otros a los que saludo con un gesto de la cabeza. Buenos chicos. Están sonriendo. ¿Por qué?

Porque *jo-der* qué aburrido es esto. Voy de speed hasta el culo. Todo va muy lento desde las nueve de la noche hasta las once; tan solo unos pocos intentan conseguir la admisión barata «antes de las diez y media», pero ya están agotadas, como siempre. Hemos vendido dos mil entradas con antelación en nuestro bar, el Dry, con lo que hemos sacado dos libras extra por cada una. (No se lo digáis a los de las licencias, ja ja, que se supone que nuestro aforo permitido es de solo mil cuatrocientas.)

Entonces, conforme nos vamos acercando a las once de la noche, se produce un evidente cambio de ambiente. Todo se vuelve más intenso, más frenético, como si las cosas se estuvieran saliendo de madre. De pronto todo el mundo anda con prisas, dando voces y ojiplático. Los pubs van cerrando y todos quieren entrar antes de que se formen colas. Nuestros porteros son buenos, trabajan bien, reconociendo a algunos grupos como pandilleros de poca monta y escoria borrachuza, a los que envían de vuelta a casa de un sopapo.

«Esto va bien», pienso mientras doy un sorbo a mi tercera copa y me fijo en alguien discutiendo sobre la lista de invitados. Dice ser el hermano de Barney; cada noche deben de venir aquí cinco o seis her-

manos y hermanas de los miembros de New Order. A este le niegan la entrada y se larga con el rabo entre las piernas.

Y entonces ocurre.

Uno de los porteros está hablando con un colega. Yo estoy mirando y de repente su amigo desaparece. Se desploma. Salta todo por los aires, como si estuviéramos en el Salvaje Oeste: lo han fulminado de una puñalada en la cabeza. El cabroncete responsable sale pitando por Whitworth Street antes de que nuestros chicos puedan hacer nada al respecto. El portero sujeta la cabeza ensangrentada de su amigo entre los brazos.

«*John, John...*»

Hostia puta. Pero entonces se levanta y está bien. Mierda.

Otra copichuela de vodka especial llega a mis manos.

«Será mejor que empieces a traérmelas cada diez minutos, tío», le digo a Anton agarrándolo por el brazo.

El corazón me va a mil. Y entonces vuelve a liarse parda. Uno de los miembros veteranos de las bandas de Salford se está quejando de tener que pagar las dos libras de la lista de invitados que tenemos que cobrar para mantener la licencia. Le acompaña una de las muy conocidas chicas de Salford y se está liando parda. Damien está gritando, y acto seguido están todos gritando. Me cago en todo. De repente dos chavales de una banda rival se mosquean al negárseles la entrada y empiezan a liarla. Los echan, pero nos la devuelven lanzando botellas contra la puerta. Nuestros porteros les persiguen y les pillan en los escalones que dan al billar, por desgracia para ellos. Me llevó un tiempo darme cuenta de que existen dos tipos de porteros: los grandes y musculosos a los que todos conocemos y adoramos; y los pequeños, hechos para la velocidad, como los guepardos y los leones.

Pero me cago en todo. Ya estoy harto.

Echo una ojeada a mi reloj. Son las diez y cuarenta y cinco minutos. Paul Carroll y Damien empiezan a descojonarse conforme me escabullo con el rabo entre las piernas.

Bienvenido a The Haçienda.

Atravieso las famosas puertas, con el número 51 tallado en ellas, y me limpio los zapatos en los felpudos con el número 51. El sitio está

a reventar. Palpitando. Casi lleno. ¿Conozco a todo el mundo? Supongo que sí.

Me abro paso hacia el bar. Parece que tarde una eternidad. Estoy hecho polvo. Necesito otro trago. Voy serpenteando hasta llegar a mi rincón al final de las escaleras, donde están Ang Matthews y Leroy Richardson, los encargados. Echo una vista panorámica al club y me fijo en las diabluras en curso. Los porteros están todos descojonándose de mi desempeño como portero fallido. Cabrones. Stav se acerca, para «vigilarme», dice. Pero sé que la verdadera razón es que le encanta compartir mis drogas. Paul siempre le está abroncando al respecto, pero nos echamos unas risas.

Me pongo cómodo. Es una buena noche, y hay un desfile continuo de gente: amigos, conocidos, camellos y un montón de chicas. Yo estoy soltero, pero nunca parece que consiga hacer nada con las mujeres de aquí. Da la impresión de que vengan más por la ocasión que para enrollarse con alguien. O eso o estoy demasiado hecho polvo como para ponerme las pilas.

Está todo muy ajetreado, así que voy al cubículo del DJ. Llamo a la puerta durante lo que parece una hora, y finalmente Graeme Park me deja entrar.

«Ah, Hooky, esta cinta es para ti», dice mientras me la entrega.

«Genial, una cinta del sábado noche del fin de semana pasado», pienso yo. «Qué detalle por su parte.» (Sin ser consciente de que las ha estado vendiendo de estranjis a diez libras cada una hasta sacarse entre quinientas y mil libras extra cada noche. Qué listo; ojalá se nos hubiera ocurrido a nosotros hacer lo mismo.)

¿Por dónde íbamos? Claro, las rayas. Saco la farla, empiezo a picarla y me pongo a circunnavegar la locura: un mar de manos, luces deslumbrantes, todas moviéndose al compás del *bang, bang, bang* del bombo. Dios, cómo mola estar vivo y ser dueño de The Hacienda. ¿Qué ha pasado antes? No consigo recordarlo del todo.

Más tarde me reúno de nuevo con los chicos. Ha aparecido mi amigo Travis.

—Ve y píllales un par de rulas a los de Salford —le digo, y se marcha para la parte de atrás del reservado. Los reservados son famosos.

En cada uno hay una pandilla diferente, pero a este en particular lo llamamos «Infierno». Esto es territorio gangster. Si te pones a deambular sin permiso te llevas un sopapo y te echan a empujones si tienes suerte. Ni siquiera yo me aventuro a entrar ahí si no voy con Cormac o Twinnny. Los míos están en el segundo reservado, son los veteranos de Salford. Travis tarda la vida en volver y regresa con la nariz ensangrentada; dice que le han jodido a la primera de cambio.

Ahora me han cabreado, voy hecho una furia hacia la puerta para traer a Damien o a Paul mientras grito:

—¡¿Hasta cuándo vamos a tener que seguir aguantando esto?!
—*Nah, nah, nah*. Parezco un bebé lloriqueando—. Estos cabronces...

—Muy bien —dicen ellos—. No me seas capullo integral.

Y vuelven a reírse.

—Vale —digo yo y cuando vuelvo a entrar veo a Suzanne, la encargada de la cocina.

—Tu cubo está por allí —me dice.

Este es una de los gajes del oficio: como no pusimos suficientes lavabos cuando construimos el puñetero sitio, nunca puedes mear tranquilo. Además, y de todas formas, a mí siempre me agobian en el tigre. Así que soy el orgulloso usuario de un cubo de mayonesa Hellmann's que lleva mi nombre y que siempre está en la cocina. A todo el mundo le hace una gracia loca (hasta que a ellos también les entran ganas de mear). Lo cierto es que Suzanne tiene mucha maña para conseguir que la gente lo sostenga durante un rato. Luego, cuando la gente acaba preguntando «¿Esto para qué es?», ella se lo cuenta. En fin, las cosas pequeñas complacen a las mentes pequeñas.

No obstante, le digo:

—No, no quiero mear, encanto, solo tomarme un respiro.

Más aliviado, salgo de ahí y me fijo en toda una fila de porteros, bates de beisbol en mano, todos ellos camino de la esquina del fondo. Van para allí y les dan una paliza del copón a unos cuantos pandilleros.

Resulta que habían hostiado a un recogevasos. Damien se toma muy en serio lo de proteger a la plantilla.

En lo que va de noche ha habido cuatro peleas, han sacado una pistola, han agredido a dos camareros, se ha dispensado justicia rudimentaria en una esquina y ha habido tráfico y consumo de drogas a una escala normal (bueno, normal para nosotros).

Me retiro al cubículo del DJ para estar tranquilo un rato. No tardo en olvidarme de esa estratagema, ya que me apunto, igual que todos los demás, a estar demasiado pasado como para fijarme en nada. Se está liando BIEN parda. La policía irrumpe buscando gente que se haya saltado las condiciones de su fianza o detectar consumo de drogas, y para darnos la vara en general. Los porteros los escoltan por el local y los protegen del gentío. Los polis se retiran, cubiertos de escupitajos y cerveza, pero no toman represalias. (¿Para qué molestarse en hacer nada? Me pregunto yo, vamos. ¿A eso lo llaman una demostración de fuerza?)

Acto seguido llegan las autoridades de las licencias y empiezan a darle la brasa a Ang. A la una y cuarenta y cinco minutos de la mañana se supone que ya no se puede servir, y luego hay quince minutos para recoger todas las bebidas abiertas que haya. Esto, por supuesto, es lo que más problemas acarrea, porque nadie está dispuesto a entregar su bebida, especialmente los gangsters, que desafían abiertamente la norma establecida. ¿Así que los de las licencias se tienen que cabrear y amenazarnos a nosotros?

Después de lo que parecen unos pocos minutos —demasiado pronto— son las dos de la mañana y todo ha terminado. Se apaga la música y el público grita «¡OTRA! ¡OTRA!».

—Venga, pon otra— le digo a Graeme.

—¿Estás seguro? ¿Lo sabe Ang? —me pregunta él.

Como titular de la licencia, Ang es la responsable de asegurarse de que cerremos a la hora apropiada o las autoridades nos meterán un puro por operar a deshoras.

—Pues claro. Ha dicho que no pasa nada —le miento—. En cualquier caso, el jefe soy yo, ja ja.

Pone a Candi Stanton: «You Got the Love». Levanto las manos (igual que hace Candi en la letra) y canto «sé que puedo contar contigo». Menudo gilipollas.

El local enloquece.

—*Yeah* —empiezo a gritar— *Yeah, yeah, yeah.*

El momento se termina rápidamente. Ang irrumpe en el cubículo del DJ y me pega un coscorrón. Graeme se agacha y Ang quita la aguja del disco.

—Están aquí los de la licencia —grita— ¡*A chapar ahora mismo, coño!*

Uuuy, lo he vuelto a hacer. Puede que sea copropietario de The Haçienda, pero no soy el que lo lleva. Gracias a Dios. Salgo de la cabina sintiéndome algo avergonzado y la sigo escaleras abajo.

—¿Podemos echar la persiana y seguir con la fiesta, Ang?

Ella me aprieta algo pesado contra el pecho.

—No. Aquí tienes una bolsa con birras, ahora a tomar por culo de aquí —me dice.

Qué encanto.

Reúno a mis amigos y nos dirigimos hacia la puerta mientras yo agarro la bolsa. Nos metemos todos en un Ford Escort de dos puertas, con la idea de ir a una fiesta *after-hours* en Salford. Arrancamos. El conductor va ciegoísimo.

—No te preocupes —dice Twinnie— no ha bebido nada.

Sacamos las latas, metemos una cinta en el estéreo, subimos el volumen y nos acomodamos. Paramos frente al semáforo en Regent Road. Uy. Tenemos un coche de la poli detrás.

Un coche de la poli. Joder, si llevamos más droga encima que el hospital de Hope. Y yo como una cuba.

—Calma, no pasa nada —dice el conductor, pero cuando el semáforo se pone en verde no tira para adelante; va tan colocado que no distingue un color de otro.

Y de repente tenemos a los polis encima y se acabó. Nos sacan del coche y al conductor se lo llevan. ¿Cómo vamos a volver a casa?

Justo entonces un poli se vuelve hacia mí.

—¿Tú no eres Peter Hook, el de New Order?

«Cojonudo» pienso yo, «un fan.»

—Sí, soy yo. ¿Bodría [*sic*] dejarme en Salford, agente? —le digo sonriéndole a la vez que lo miro a los ojos.

—Anda y que te den —dice él—. A mí siempre me gustaron más los Smiths.

PRÓLOGO

No nos queda otra que volver a casa a pata. Para que me baje el colocón, esta noche me quedaré en casa de Twinnny y volveré a The Swan a las once para echar la primera pinta y ahogar mis penas.

Una gran noche.